

A un amigo

Antes de justificar el habitual retraso, próximo el día de tu santo, tan popular y difícil de olvidar, me dije: «Intentaré llegar a tiempo». Y todo por disciplina, no por la obligación de declarar un deseo condicionado a fechas.

La nueva 'gotera' —oportuna palabra por lo de tu hidrocele— quede estañada por los fontaneros de nuestra anatomía: los urólogos, 'una de las profesiones más asquerosas', frase textual dicha por uno de ellos, buen amigo, entre carcajadas porque mientras reía revisaba mi 'pincel del amor' (cuando nos oprimen ciertas situaciones buscamos salidas en las metáforas).

Comprobado el caño, alguna alcantarilla compitió en oxidación con los años del urbanita abajo firmante. Uno reía en tintado de mejillas con esas risitas tontas surgidas cuando menos se desean. Entonces recibí la recomendación del amigo: «Abandona la bicicleta y dedícate a otra actividad: la próstata recibe continuos golpes porque, sedentaria ella, encabritada se inflama. La célebre dolencia papal por las sentadas a todos los varones en alguna medida nos afecta aunque poca vocación pontifical tengamos». Entristecido, retrasé mi llegada para sobreponerme a la defunción del pedaleo, ejercicio muy apreciado.

Llegan los días procesionales, las largas filas de nazarenos que te ven y tú no ves, humos aromáticos, cornetas y tambores con vibraciones diafragmáticas, amén las pequeñas de los tímpanos y a toda membranita que se precie de frenesíes vibratorios. Bares abarrotados de un hambre devoradora como si las imágenes despertasen apetitos antropofágicos a una bulla sonambulesca. Ciudad de contrastes heredados y adquiridos, perpetuados en barroquismos de oro y volutas, todo bendecido por santas tradiciones. Tu amigo, ese escucha de las predicaciones, provisto de lápiz y papel y al que los recuerdos de sus padres se le avivan en el recinto eclesial, piensa: «¡Vaya panorama! Escasa asistencia a los cultos de la hermandad —inscrito por su progenitor hace setenta y cinco años—, y el día de la salida hay más de trescientas de un censo de unos mil quinientos fraternos. La descompensación de la balanza expresada en dígitos nunca llegué a computarla.

Porque, y abundando más, querido amigo, aun a riesgo de colmar tu santa paciencia con mis chocarrerías, con descaro a lo supuesto, aseguro los pocos que interiorizarán las lecturas religiosas en estas fechas pasionales o, al menos, las contadas reflexiones sobre el Jesús histórico.

Pero el sur morirá siendo sur: modorra y algarabías; fiestas y tópicos con muchos brindis a nuestro deslumbrante sol, aliado aquí de la mucha ignorancia reinante. Los medios de comunicación nunca morderán la mano de los dadores del condumio y una prensa libre resulta tan utópica como la libertad deambulante entre los pasadizos de los tratados filosóficos. La ciudadanía, la bella señorita pintada de azul y con una carroza tirada por ratones, volverá a la cocina de negro y hollín. Las pocas voces de la crítica, la de los tuerfos en la oscuridad claman a los desaprensivos, abarrotadas sus vísceras de genomas corrompidos.

Escribir sobre la naturaleza de los sapiens es desnudar los yoes, resbalar en la estela esparcida cual perezoso caracol. Me veo como conquistador con veinte años, atento a los bancarios cuando los cuarenta llegaron, con sesenta pendiente de la jubilación, a los setenta rodeado de nietos y su futuro; pero a los ochenta tendré que pedirles a mis hijos un euro, si es que lo tienen, para tomarme un café.

Dejo para el final lo mejor: las felicidades con un ¡ojalá transcurra tu día a gusto entre tu agradable familia afincada en Pozuelos! Repítase muchas otras veces para, ya nonagenarios, pidamos diez euritos para uno con leche, por aquello de la inflación y otras zarandajas.